

XXVIII Semana del Tiempo Ordinario (Año Impar)

Lunes

Lucas 11, 29-32

“A la gente de este tiempo no se le dará otra señal que la del profeta Jonás”. El signo de Jonás es una imagen profética pascual que el mismo Jesús utilizó para anunciar su muerte y su resurrección. Este profeta escapista, desconforme, quejumbroso, pero finalmente fiel, puede ayudarnos en nuestro peregrinar diario de muerte y resurrección. Por tanto, la advertencia que dirige Jesús a sus contemporáneos resuena fuerte y saludable también para nosotros hoy: “Ustedes saben interpretar el aspecto del cielo y no pueden interpretar los signos de los tiempos. ¡Generación malvada y adúltera! Pide un signo y no se le dará otro signo que el signo de Jonás” (Mt 16, 3-4).

Jonás no sólo es prefiguración del Resucitado, sino también signo del desafío que la fe plantea a todo creyente. La señal del profeta indicada por Cristo como símbolo de su resurrección, lo es también de la vida nueva del cristiano que ha renacido en el bautismo. Sólo la fuerza del resucitado puede cambiar nuestros corazones y hacernos triunfar sobre el poder del pecado. Sólo la gracia de Dios puede crear en nosotros un corazón nuevo. Sólo su amor puede cambiar nuestro “corazón de piedra” (Ez 11,19) y hacernos capaces de construir, en lugar de demoler. Sólo Dios puede hacer nuevas todas las cosas.

Así, Jesús liga la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: “Yo soy la resurrección y la vida” (Jn 11, 25). Es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en Él (cf. Jn 5, 24-25; 6, 40). Esta es la gran y única señal, que ha de conducir y transformar nuestra vida de cada día, la muerte y resurrección de Jesús, misterio, que da luz esperanza a nuestros gozos y alegrías, a nuestras angustias y tristezas, a la salud y a la enfermedad, a lo próspero y la adverso de nuestra vida.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)